CALEIDOSCÓPICA

María José Beltrán

CALEIDOSCÓPICA

María José Beltrán

Edición limitada y numerada de 300 ejemplares

Piezas Azules

COLECCIÓN PIEZAS DE NARRATIVA

Primera edición, septiembre 2024
©Mª José Beltrán, *Caleidoscópica*

Fotografía de María José Beltrán:
Ático 26 estudio de fotografía

Ilustraciones interiores y de cubierta:
©Hermelando B M

Notas discordantes:
©Eloy Tizón

Edición: ©Piezas Azules, editorial independiente
piezasazuleseditorial.com

ISBN:
Depósito legal:

Piezas Azules llamábamos en nuestro lenguaje a los proyectos locos que se nos ocurrían. Eran proyectos con los que nunca nos haríamos ricos, con los que posiblemente nos hiciéramos más pobres, pero eran tan bonitos que tenían la vocación de no quedarse para siempre en el terreno de los sueños.

A mis hijos Jaume y Mario.

[…] dijo que tal y cual mostraba que el enfermo tenía tal y cual, pero que si el reconocimiento de tal y cual no lo confirmaba, entonces habría que suponer tal o cual y que si se suponía tal o cual, entonces etcétera.

La muerte de Iván Ilich, LEÓN TOLSTÓI

VERDE LIMA RABIOSO

Mediterráneo.

El Mediterráneo es mi mar. Me bañé por primera vez en Peñíscola y una prima, mucho mayor que yo, me salvó de morir ahogada. Me recuerdo del revés, como haciendo el pino, media yo diminuta bajo el agua, el flotador en la cintura, sin poder darme la vuelta. Una ondulante medusa oscura navegando océano adentro, mi pelo largo a la deriva. Otras niñas se abrazaban a sus padres una vez había pasado el peligro. Se les adherían con cremallera de velcro y lloraban. Yo no. Y a mi padre le habría gustado que me acoplara a él así; con ese cierre tupido que cruje cuando lo quieren abrir. Oí que se lo decía a un colega con el que pasábamos el día en la playa y cuya hija se le prendió con tentáculos y con vísceras, y que no se soltó hasta mucho después de que una especie de garra marina hubiese querido llevársela. Pero los abrazos tienen vida propia, biorritmos y misterio. No hay un resorte que active lo cálido y lo súbito. El abrazo no se deja mandar.

Mediterráneo.

Es una de las canciones de mi juventud, que escuché, canté mil veces, y que aún tarareo. Se trata, por supuesto, del *Mediterráneo* de Serrat:

https://youtu.be/cZ74Tx_5MtE

«Y a mí enterradme sin duelo entre la playa y el cielo».

Mediterráneo. He escrito una novela enmarcada, en parte, en él.

Mediterráneo.

Me crie en un pueblo sin mar, pero el mar —mi mar—, estaba muy cerca. Vicente Ariel y yo lo tendríamos frente a casa. Lo veríamos, oleríamos, esnifaríamos. Lo tocaríamos, casi. El bombo del oleaje en los tímpanos. La laca marina en

la piel. La certeza del aura intermitente del faro, al caer la tarde.

Una vez tuve un bikini; después siempre he usado bañador; ya desde niña. Nunca he hecho *topless,* por mis complejos, claro, incluso cuando era joven y aproximadamente delgada. Aún era pequeña cuando mi madre me dijo que tenía que usar una faja. Mi primera faja consistió en un tejido elástico tubular, azul oscuro, que me presionaba la tripa. A veces pienso en cómo me hubiese relacionado con los hombres de no haber tenido esa inseguridad, esos miedos, de haberme sentido bella, de no haber puesto barreras, faja y rigidez. Yo creo que hubiese sido una chica muy fácil de seducir. Porque respondo a la atención, al cariño. Pero no estoy segura, ¡cómo voy a estar segura! Hubo una época en que mi padre no me dejaba bailar con los chicos. Y yo le hacía caso. Obedecía a mi padre. Me acuerdo de que me sacó a bailar el chico que me gustaba entonces. No lo podía creer. Pensaba que él ni me veía. Y me veía, puesto que me miró a los ojos y me preguntó: «¿Bailas?» ¡Cuánto me gustaba ese chico! La ropa que yo llevaba puesta en ese momento era:

1. Un jersey azul marino con cadenas.
2. Unos pantalones acampanados de color butano (entonces se llevaba el color butano feroz, ¿de acuerdo?, y el verde lima rabioso también).

Yo aún conservaba el pelo largo. Le dije que no. Tan solo no. «No».

En mi juventud, e incluso hasta pasados los cuarenta años, yo no sabía que iba a ser escritora y que escribir se convertiría en algo así como pintar en el mismo cuadro flores que brotan en estaciones distintas y que, por tanto, jamás se podrían reunir y admirar a la vez en un jardín. La escritura también te permite crear flores de otras especies: las que encuentras dentro de ti. La escritura reta a la botánica y a la biología y, de alguna manera, supera a ambas. Pero puede que yo comenzase a ser escritora cuando era niña, cuando trotaba y me pelaba las rodillas en el pueblo en el que me crie. Y les daba calabazas a los chicos que me gustaban.

Cuanto mayor me hago, más cercana me siento a mi pueblo. A sus campos y montes. Al amarillo genista. Ahí habitan mis antepasados. Todos. Todas. En los olivos y en la tierra. En el fango y el polvo. En el aire; en el viento que ruge, en el eco orgásmico de los tambores de Calanda que mi bisabuelo aragonés se trajo consigo cuando emigró. En el agua que nace. Que mana y arrastra y lleva.

Y una revelación que es este deseo maduro. De empaparnos, enlodarnos. Tú y yo. Respirarnos.

Me llamo Rebecca Una. ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamabas, llamas, llamarás o llamarías tú?

Pienso en la escritura y me vienen a la cabeza:

1. El *tangram*.

Puede que conste solo de siete piezas peladas, pero se combinan para generar una infinidad de figuras: diez, cien, mil, depende del objetivo. Permite la representación de liebres, flores, árboles, águilas, regaderas, el sol, un campesino y un burro. Con su fauna y su flora se repueblan los campos.

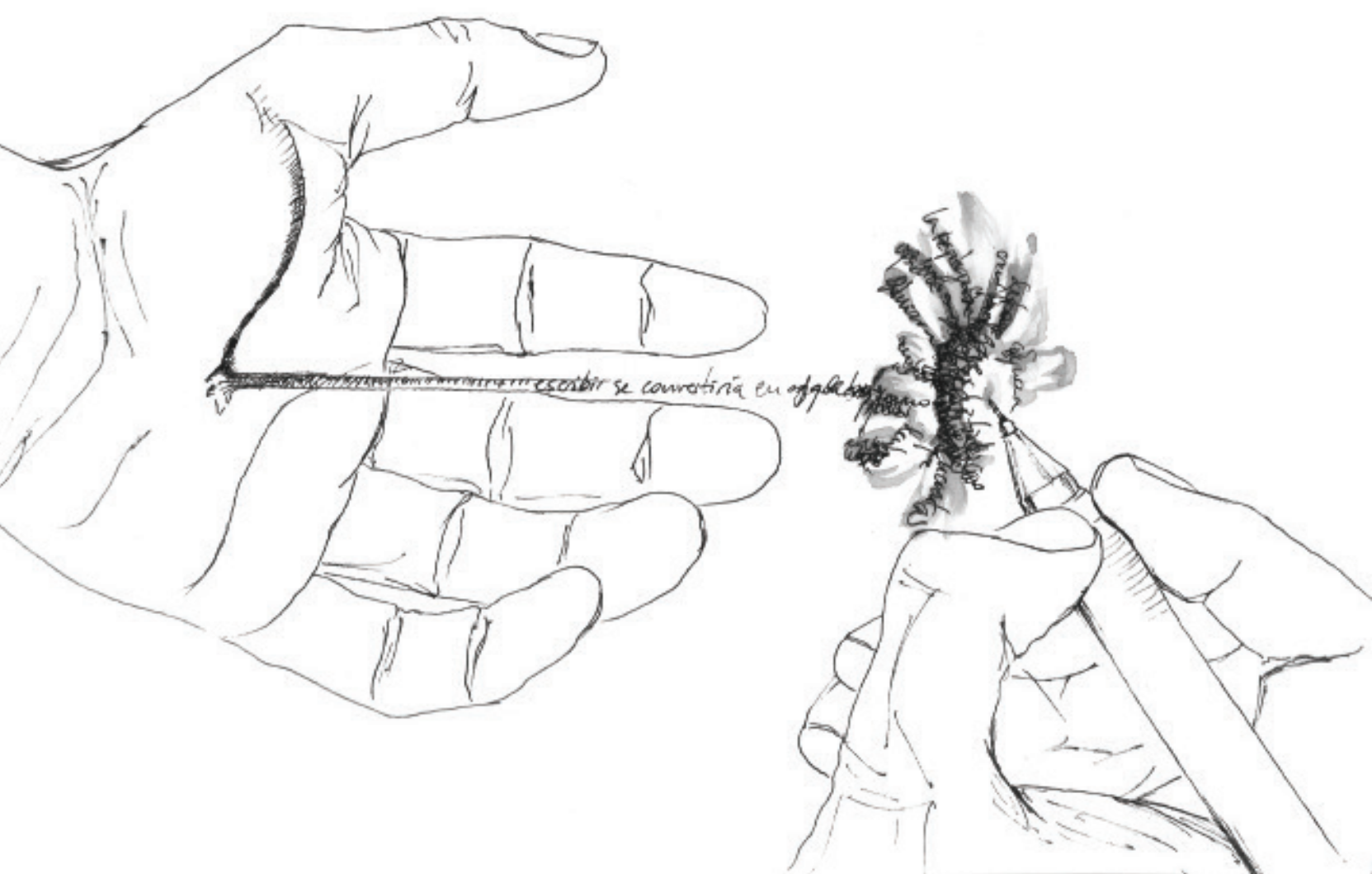
2. Bloques de la construcción hechos de palabras.

3. Un archipiélago literario en que la mayor parte de las islas, los peñascos y los islotes están comunicados y se pueden explorar, aunque algunos se pierdan flotando en el océano como masas díscolas de hielo (evitar el gregarismo me parece bien).

Para construir archipiélagos hacen falta mares. Hace falta amor y hace falta verdad.

4. El mar Mediterráneo siempre.

A todo eso le voy dando vueltas.


escribir se convertiría en

ALEJANDRO ZAMBRA

Diría que una escritora es una clase de mujer que va caminando por la playa, tan tranquila, y que, de repente, otea un avión militar con cola de espermatozoide —predispuesto a explosionar óvulos— en un cielo alérgico y alienígena, saturado de plumas de almohada y ácaros.

En *La senda del perdedor*, un personaje de Bukowski dice que solo los gilipollas hablan sobre las tareas del escritor. Me parece maravilloso que cada cual se exprese directamente o a través de sus personajes, use en su lenguaje tacos o no. Por mi parte, en este momento deseo señalar que defiendo la metaliteratura y que apoyo, entre otros autores, a Roberto Bolaño.

El germen y el impulso narrativo que requería mi nuevo proyecto literario lo encontré en un texto de doscientas palabras que escribí en un curso impartido por Alejandro Zambra, otro novelista que habla sobre las tareas del escritor y que las despliega, por ejemplo, en su obra *Bonsái*. Sucedió a finales de 2020, cuando me matriculé en la escuela Billar de Letras de Madrid, para analizar *Demasiada felicidad*, de Alice Munro, un libro DE[1] cuentos (y un potente libro CON[2] cuentos, en el sentido de que cada uno de esos cuentos podría renunciar a los demás; le iría muy bien en la vida solo y en las antologías del mundo). El programa era este:

---

1 Hay algún tipo de conexión entre los cuentos (en referencia al tema, la voz del narrador, características de los personajes protagónicos, aspectos estructurales, etc.). Se supone que el hecho de agrupar los textos, favorece al conjunto.

2 Entre los cuentos no hay conexión o la conexión es ambigua o débil.

«**Sesión 1**:
Lo discutiremos en términos generales.
Sesión 2:
Cada participante propondrá otro título para el libro y para cada uno de los relatos que lo componen.
Sesión 3:
Supondremos que los diez cuentos son en realidad obra de diez autores distintos y que nosotros somos parte del incorruptible jurado de un importante concurso literario encargado de elegir tres primeros lugares y otorgar tres menciones honrosas.
Sesión 4:
Sacaremos conclusiones sobre este libro de Alice Munro y sobre la literatura y sobre la vida y también sobre el cuento como género literario».

A la sesión 1 no pude asistir; no recuerdo por qué. Supongo que lo podría comprobar en mis notas del año pasado, cuando todavía era profesora y convivía con una agenda escolar. Por la fecha, deduzco que hubo evaluaciones en mi instituto.

Alejandro Zambra pudo impartir el programa completo del curso en dos sesiones. Lo que motivó un giro en la metodología. Para la tercera sesión, ya desvinculados del libro de Alice Munro, debíamos haber leído *Elogio de una sombra* de Junichiro Tanizaki. Y haber escrito un microcuento en el que «el protagonismo de la luz planteara un desafío». Por ejemplo: ¿nos costaba dormirnos cuando éramos niños? Había que mandárselo por correo electrónico a Alejandro bajo el asunto: *Taller de sombras*. No todos los profesores te dan su e-mail. No todos los profesores revisan tus textos antes de clase. Lo subrayo, sí. Porque lo valoro. Valoro el compromiso y el respeto profundo hacia quienes se han inscrito en tus clases. Valoro la entrega, el plan y el cambio del plan. Valoro la generosidad de ofrecer más de lo que habías anunciado.

En lo que, en principio, no iba a ser un curso de escritura —sino de lectura— acabamos escribiendo también. Relaté

un viaje en claroscuro inspirado en un objeto que convivía conmigo desde hacía años.

La geisha de Naoe

> Yo tuve una muñeca que falleció ahogada en el armario de mi cuarto. No fue una muñeca viajera. La geisha, en cambio, atravesó mares subida a un avión. Fue un regalo de Naoe. Se podría pensar que los aviones son preludios, que ejercen de urnas, cuando en los viajes transoceánicos alguien decide meternos en la noche —la que se representa en el interior de la nave— que una no sabe a qué latitud corresponde, y se apagan las luces, se tapan las ventanas, una se adormila, una se hace la muerta.
>
> Parece que la geisha esté flotando sobre su tarima acharolada, del mismo color alquitrán que el pelo. En sus manos, cuello y rostro, un resplandor de polvos de talco. Hace mucho que no la sacaba de su sitio en la biblioteca-armario con puertas acristaladas. La geisha lleva en el pelo tres flores desparramadas y eróticas, de loto trillizas. Y hasta la cabeza toda simula una flor oscura y surreal; de pétalos recogidos y capullos repujados. ¿O son, el cuello tan fino y la cara, una copa de laca blanca, desbordante de trufas?
>
> Acaricio ahora los capullos-muñones en el cabello de la geisha. Su vestido está cosido de alas de raso, de más y más pesadas antealas, contraalas, sobrealas, iridiscencias de coleóptero que a otros les permiten volar.

El Alejandro Zambra profesor, con fecha de entrada del 26 de enero de 2021, me envió el siguiente correo:

«Querida Rebecca Una,

Aquí va tu relato de vuelta, con un par de notitas.
Me gustó muchísimo, como dije. Por lo mismo, no

tengo observaciones verdaderamente útiles. Más bien te agradezco yo, porque hay en el relato un par de imágenes que recordaré siempre.
No sé si te recomendé la lectura de Catálogo de juguetes, de Sandra Petrignani. Me parece que te gustaría.

Un abrazo,

A».

No me había dicho antes que le gustó ni que le gustó muchísimo, pero qué bien que lo pensara, aunque no me lo dijese entonces.

Pronto compré y leí *Catálogo de juguetes*, de Sandra Petrignani, que intenté destilar, tragarme y absorber (lo tengo todo subrayado: en lápiz, en color azul, en color rojo, en otros colores —porque sí, sin ningún plan—; con anotaciones, con tics).

Editaron el libro conjuntamente Páginas de Espuma de Madrid y La Compañía de Buenos Aires. Eso explicaría que la «cometa» y el «barrilete» se junten en el mismo microrrelato —tras un presunto flirteo y baile sobre el Atlántico—, mientras que en el manuscrito original en italiano el mismo juguete era un solitario y no expeditivo *aquilone*. La autora no se limita tan solo a describir el juguete y a aportar datos que apuntan a lo aéreo y lo áureo[3], sino que recoge el mito de un deseo cósmico: el que una vez tuvo alguien que, con cartón, madera y tela, quiso crear un astro celeste que orbitase alrededor del sol.

Yo nací nueve años más tarde que Sandra P.; en su libro, ella colecciona juguetes de los años cincuenta. Algunos, por ejemplo el *Pinball* o la máquina *Flipper* han sido desahuciados de los bares y solo existen en las videoconsolas y las tablets.

3 Número áureo: $(1+\sqrt{5})/2=1{,}618\ldots$

Otros: el *View-Master*, el *Tamburín* o la muñeca Lenci, ni siquiera me sonaban antes de haber leído sobre ellos. Luego están los juguetes del tipo el cubo y la pala, el columpio, el yoyó, la plastilina, la pelota, el rompecabezas… que son clásicos; o sea, juguetes esenciales. Al estilo de nuestros sanitarios, tenderos o transportistas. Con el *tangram*, si bien por esa época y mucho antes ya existía, la autora no jugó. El *tangram* no está. Del catálogo de Petrignani brinco hasta objetos muy cercanos a mí:

un *sand dollar* de San Francisco,
un caleidoscopio,
una matrioska,
una bola del mundo,
la tiza,

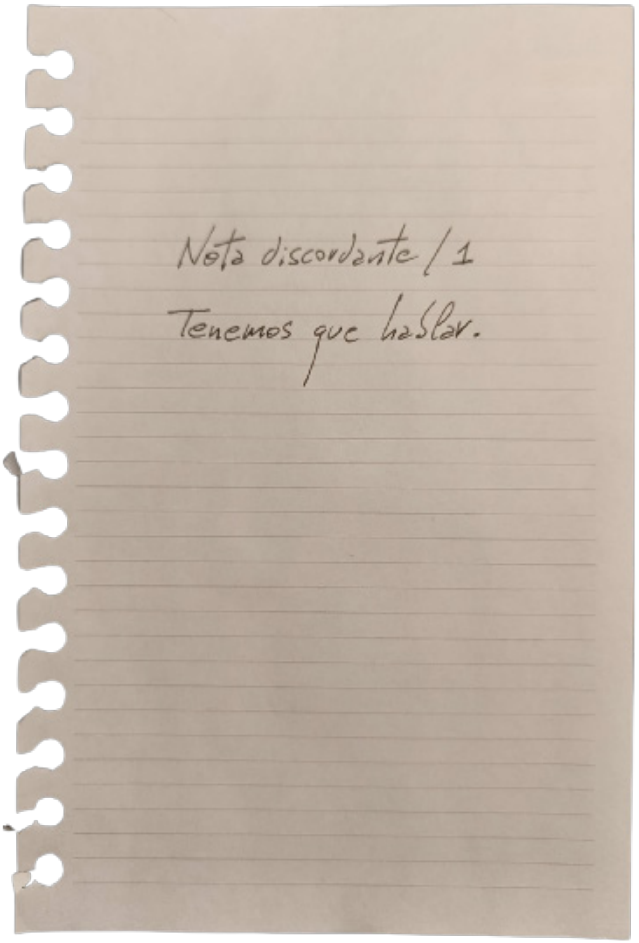
que se encuentran aquí en casa, que me están acompañando durante el confinamiento, que ¿se querrían confesar conmigo, y permitirme contar sus historias al igual que ya lo hizo la geisha? Mi «catálogo» personal, de salir adelante, registraría objetos similares a ellos, sí, pero también memorias —pienso en el juego de la gallinita ciega en que participé de niña— o cualquier fijación o sobresalto. Un gato y un hombre. La metaliteratura. La muerte y el covid-19.

Dispongo, en principio, de la geisha de Naoe, el primer elemento de la serie.

Me gustaría, por otro lado, atribuir a cada uno de ellos un código particular. En la dirección que Rafael del Moral establece en su *Diccionario ideológico*, aunque de una manera mucho más libre. A mi **geisha** tengo pensado asociarle la palabra esencial **ala**, pues el espíritu del vuelo y la pesadez de las alas están muy presentes en el microrrelato que protagoniza. Además, ella llegó desde Japón a bordo de una aeronave. Por tanto, según el inventario que realiza Del Moral, la primera pieza de mi «catálogo» —un objeto en este caso— quedaría inscrita de este modo:

29.03[4] **anatomía de las aves/ala** (La geisha de Naoe)

El conjunto de los textos que componen mi «catálogo» sería como un gran archipiélago que acoge islas desperdigadas en un mar. Así pues, en efecto, necesito el mar.



4 Según el *Diccionario ideológico* de Rafael del Moral (Herder Editorial (2009)), al igual que los demás epígrafes análogos a este. En un diccionario ideológico, las palabras aparecen listadas en «términos asociados, afines, vecinos o sinónimos que se prestan a la expresión de un concepto».